

# EL CURA DE ALDEA

---

## CAPÍTULO PRIMERO

VERÓNICA

En el bajo Limoges, en la esquina que forman la calle de la Vieille-Poste y la de la Cité, se encontraba, hace treinta años, una de esas tiendas que parecen no haber cambiado desde la Edad media. Grandes baldosas rotas por mil partes y que cubrían el suelo, húmedo á intervalos, hubiesen hecho caer al que no hubiese observado las elevaciones y depresiones de aquel singular pavimento. Las polvorientas paredes permitían percibir su extraño mosaico de madera y de ladrillos, de piedras y de hierro, unidos con una solidez debida al tiempo, ó, sin duda, á la casualidad. Hacia ya más de cien años que el techo, formado por colosales vigas, se encorvaba sin romperse bajo el peso de los pisos superiores. Construidos con pontones, estos pisos estaban cubiertos exteriormente con pizarras, que formaban figuras geométricas, siendo de este modo una sencilla imagen de las construcciones antiguas. Ninguna de las

ventanas, con quicio de madera, adornadas en otro tiempo con esculturas destruidas hoy por la intemperie, estaban derechas: las unas se inclinaban hacia fuera, las otras hacia dentro, y algunas parecía que querían disgregarse; todas tenían mantillo, llevado, sin saber cómo, á las hendiduras formadas por la lluvia en donde brotaban en la primavera sencillas flores, tímidas plantas trepadoras y finas hierbas. El musgo aterciopelaba los tejados y los repechos de las ventanas. El pilar de la esquina, aunque estaba formado por piedras mezcladas con ladrillos y gujarros, asustaba por su torcedura; parecía que algún día tendría que desplomarse bajo el peso de la casa, pues la parte superior estaba, por lo menos, medio pie fuera de la línea de aplomamiento. Así es que, la autoridad municipal, por consejo de su arquitecto, hizo derribar esta casa después de haberla comprado, ensanchando de ese modo la encrucijada. El pilar, situado en el vértice del ángulo formado por las dos calles dichas, se recomendaba á los aficionados á antigüedades limosinas por una bonita urna esculpida, en donde se veía una virgen mutilada durante la Revolución. Los transeúntes con pretensiones arqueológicas, observaban allí las huellas del margen de piedra, destinado á sustentar los candeleros en donde la piedad pública encendía cirios y ponía los ex votos y las flores. En el fondo de la tienda, una escalera de apollillada madera conducía á los dos pisos superiores y á un granero. La casa, adosada á las dos casas vecinas, tenía muy poca profundidad, y no recibía más luz que la que penetraba por las ventanas. Cada piso se componía solamente de dos habitaciones, alumbradas por sendas ventanas que daban la una á la calle de la Cité, y la otra á la calle de la Vieille-Poste. En la Edad media ningún artesano disfrutaba de mejor albergue. Indudablemente, esta casa había pertenecido en otro tiempo á constructores de corazas, á armeros, á cuchilleros y á otros dueños cuyo oficio exigía el aire libre; era imposible ver allí claro sin que las hojas de las dos puertas, construidas á uno y otro lado del pilar, como ocurre en muchos almacenes situados en las esquinas de dos calles, estuviesen completamente abiertas. En cada una de las puertas, después de un umbral

de piedra gastada por los siglos, empezaba una pequeña pared de un metro de altura, en la cual había una ranura que formaba pareja con otra semejante practicada en la viga que servía de apoyo á cada una de las fachadas. Desde tiempo inmemorial, encajaban en estas ranuras unas toscas contraventanas, sujetas con enormes planchas de hierro á modo de visagras; con esto y con las dos puertas cerradas, los comerciantes se encontraban en su casa como en una fortaleza. Examinando el interior que, durante los veinte primeros años de este siglo, los limosinos pudieron contemplar lleno de hierro viejo, de cobre, de resortes, de aros de ruedas, de campanas y demás metales, producto de demoliciones, la gente aficionada á contemplar estos despojos de la antigua villa podía observar el sitio que había sido ocupado por una chimenea de fragua, indicado por las marcas del hollín, detalle que confirmaba las conjeturas de los arqueólogos acerca del destino primitivo de la tienda. En el primer piso había un cuarto y una cocina; en el segundo dos habitaciones. El granero servía de almacén para aquellos objetos de más valor que los que constituían la mescolanza de la tienda. Esta casa, alquilada en un principio, fué comprada más tarde por un tal Sauviat, comerciante ambulante que, desde 1762 á 1786, recorrió los campos en un radio de cincuenta leguas en torno de Auvernia, cambiando potes, fuentes, vasos, platos, en fin, las cosas necesarias á las familias más pobres, por hierros viejos, cobres, plomos, en una palabra, por todo lo que fuese metal y cualquiera que fuese su forma. El auvernés daba una cacerola de barro, que costaba diez céntimos, por una libra de plomo ó por dos de hierro, resto de alguna azada rota ó de alguna pala ó marmita de hierro inservibles; y, juez siempre de su propia causa, pesaba por sí mismo el hierro viejo. Desde el tercer año, Sauviat unió á este comercio el de la calderería. En 1793 pudo adquirir un palacio vendido nacionalmente, y lo despedazó; la ganancia que con esto obtuvo le decidió á repetir la operación en otros varios puntos de la esfera en que él operaba; más tarde, estos primeros ensayos le sugirieron la idea de proponer la ejecución del negocio en gran escala á uno de sus compatriotas en Paris. *La*

*Banda negra* (1), tan célebre por sus devastaciones, nació de este modo en el cerebro del viejo Sauviat, el comerciante ambulante, á quien todo Limoges vió durante veintisiete años en su pobre tienda en medio de sus campanas rotas, de sus cascabeles, de sus cadenas, de sus horcas, de sus cañerías de plomo y de sus hierros viejos de todas clases; si hemos de hacerle justicia, declararemos que no conoció nunca la celebridad y la extensión de la sociedad fundada por él; se aprovechó de ella únicamente en proporción al capital aportado por él á la casa Brezac. Cansado de recorrer las ferias y las aldeas, el auverniés se estableció en Limoges, donde habia contraído matrimonio, en 1797, con la hija de un calderero viudo llamado Champagnac. Cuando murió el suegro, compró la casa en que habia establecido de un modo fijo su comercio de hierro viejo, después de haberlo ejercido durante tres años en compañía de su mujer. Sauviat tenia ya cincuenta años cuando se casó con la hija del viejo Champagnac, la cual, por su parte, debía tener lo menos treinta. Ni hermosa ni bonita, la Champagnac habia nacido en Auvernia, y el patuá fué lo que constituyó su mutua seducción; además, tenia esa hermosa constitución que poseen algunas mujeres, que es propia para resistir los trabajos más duros y que le permitía acompañar á Sauviat en sus correrías. Se cargaba en hombros el hierro y el plomo, y tiraba del carrucho lleno de los objetos de barro que servían á su marido para hacer los cambios. Morena, colorada y gozando de una gran salud, la Champagnac mostraba al reirse unos dientes blancos, gruesos y anchos como almendras; en una palabra, tenia el busto y las caderas de esas mujeres creadas por la naturaleza para ser madres. Si esta mocetona no se habia casado antes, habia que atribuir su celibato al *sin dote* de Harpagon, que ponía en práctica su padre, á pesar de no haber leído á Moliere. Sauviat no se apuró gran cosa por la falta de dote; por otra parte, un hombre de

(1) La *Banda negra* fué una sociedad de especuladores que compraban los palacios y los monumentos después de la Revolución para demolerlos y despedazarlos, sacando producto de la venta de los materiales que los constituían.—(N. del T.)

cincuenta años no podia mostrarse meticuloso, cuando su mujer iba á ahorrarle el gasto de una criada. No añadió nada al mobiliario de su cuarto, en donde, desde el día de sus bodas, hasta el día en que abandonaron la casa, no se vió nunca más que un lecho, cubierto con cortinas de sarga verde, un armario, una cómoda, cuatro sofás, una mesa y un espejo, traído todo de diferentes localidades. El armario contenia, en su parte superior, una vajilla de estaño, cuyas piezas eran todas diferentes. Después de conocer el dormitorio, cualquiera puede imaginarse lo que seria la cocina. Ni el marido ni la mujer sabian leer, ligero defecto de educación que no les impedia contar admirablemente y ejercer el más floreciente comercio. Sauviat no compraba ningún objeto sin que tuviese la seguridad de venderlo con un ciento por ciento de beneficio. Para evitar la necesidad de tener una caja y libros, lo pagaba y vendia todo al contado. Por otra parte, tenia una memoria tan admirable, que aunque un objeto permaneciese cinco años en su tienda, su mujer y él recordaban, sin equivocarse en cinco céntimos, el precio del coste, aumentado cada año con los respectivos intereses. A excepción del tiempo en que se dedicaba á los quehaceres de la casa, la Sauviat permanecia siempre sentada en una mala silla de madera, adosada al pilar de su tienda; allí hacia media mirando á los transeuntes, vigilando sus hierros viejos y vendiéndolos, pesándolos y haciendo el comercio por sí misma, cuando Sauviat viajaba para hacer sus compras. Al rayar el alba se oía al tratante en hierro viejo abrir las puertas y las ventanas; el perro se escapaba á recorrer las calles, y la Sauviat no tardaba en unirse á su marido ayudándole á colocar sobre los mostradores naturales que formaban los muros de un metro de altura, y que daban á la calle de la Vieille-Poste y á la de la Cité, campanillas, resortes viejos, cascabeles, cañones de escopeta viejos, trastos de su comercio que servían de muestra y que daban un aspecto miserable á aquella tienda, á pesar de que contenía casi siempre plomo, acero y campanas por valor de más de veinte mil francos. Ni el antiguo comerciante ambulante ni su mujer hablaron nunca de su fortuna; la ocultaban como el malhechor oculta su crimen, y hacia

ya mucho tiempo que la gente creía que amontonaban bastante cantidad de luises de oro y escudos. Cuando murió Champagnac, el matrimonio Sauviat no hizo inventario, registró con inteligencia propia de ratones todos los rincones de su casa, la dejó desnuda como un cadáver, y vendió en su tienda toda la calderería producto de la herencia. Una vez al año, en diciembre, Sauviat iba á París, y se servía entonces de la diligencia. La gente observadora de la comarca presumía que para ocultar su fortuna, el tratante en hierros viejos iba en persona á París á colocar sus ahorros. Más tarde se supo que, en relaciones desde su juventud con uno de los más célebres comerciantes en metales de París, auverniés como él, hacía prosperar sus ahorros en la caja de la casa Brezac, que era la columna de aquella famosa asociación llamada *La Banda negra*, que se formó allí, como se ha dicho ya, por consejo de Sauviat, uno de los partícipes.

Sauviat era un hombrecito gordo, de rostro gastado y dotado de un aire de probidad que seducía á los que le trataban y que le servía para hacer su negocio. La sequedad de sus afirmaciones y la perfecta indiferencia de su actitud venían en ayuda de su comercio. Su tez colorada se adivinaba con dificultad bajo el polvo metálico y negro que salpicaba sus crespos cabellos y su cara marcada por la viruela. Su frente no carecía de belleza y se parecía á la clásica frente atribuida por los pintores á san Pedro, el más rústico y el más astuto de los apóstoles. Sus manos eran las del trabajador incansable, anchas, gruesas, cuadradas y surcadas por una especie de sólidas grietas. Su busto estaba dotado de una musculatura indestructible. No se quitaba nunca su traje de buhonero: consistente en gruesos zapatos herrados, medias azules, hechas por su mujer y ocultas por unas polainas de cuero, pantalón de terciopelo verde botella, chaleco á cuadros, de donde pendía la llave de su reloj de plata atado á una cadena de hierro que el uso había puesto reluciente y pulida como si fuese acero, una corta chaqueta de terciopelo semejante al del pantalón, y, finalmente, en torno del cuello, una corbata de algodón gastada por el continuo roce de la barba. Los domingos y los días de fiesta, Sauviat llevaba

una levita de paño marrón, tan bien cuidada, que en veinte años sólo tuvo necesidad de renovarla una vez. La vida de los forzados puede pasar por lujosa comparada con la que hacían los Sauviat, que no comían carne nada más que los días de fiestas señaladas. Antes de entrar el dinero necesario para su subsistencia diaria, Sauviat registraba las dos faltriqueras ocultas entre su falda y sus enaguas, y no sacaba nunca de ellas más que monedas roñosas y escudos de seis libras ó de diez francos, á los que miraba con desesperación antes de desprenderse de ellos. La mayor parte del tiempo los Sauviat se contentaban con arenques, guisantes, queso, huevos cocidos en ensalada y legumbres condimentadas de la manera menos costosa. Nunca llegaron á tener provisiones en casa, á no ser de ajos y cebollas, por ser productos poco costosos; la poca leña que consumían en invierno era comprada por la Sauviat á los leñadores que pasaban, pero compraba únicamente la necesaria para el día. A las siete en invierno, y á las nueve en verano, el matrimonio se acostaba, y la tienda quedaba cerrada, y guardada por un enorme perro que se ganaba la vida por las cocinas del vecindario. La madre Sauviat no gastaba tres francos de luz al año.

La vida sobria y trabajadora de esta gente se vió animada por una alegría, pero por una alegría natural, que fué la única cosa para la que se les vió hacer algún gasto. En el mes de mayo de 1802, la Sauviat tuvo una hija. Dió á luz sin necesidad de comadrona, y cinco días después se ocupaba de los trabajos de su casa. Amantó á su hija, sentada en su silla, al aire libre y vendiendo hierro viejo, mientras que su vástago mamaba. Como la leche no le costaba nada, dió el pecho hasta la edad de dos años á su hija, que gozaba de excelente salud. Verónica llegó á ser la niña más hermosa del pueblo, y los transeuntes se detenían para contemplarla. Las vecinas vieron entonces que los Sauviat no estaban, como se decía, desprovistos de sensibilidad. Mientras que su mujer hacía la comida, el buhonero tenía á su pequeñuela en brazos, y la mecía cantándole canciones auvernesas. Los transeuntes pudieron verle á veces inmóvil contemplando á Verónica dormida en las rodillas

de su madre. Para su hija dulcificaba la voz y se limpiaba las manos en el pantalón antes de cogerla. Cuando Verónica empezó á andar, el padre se arrodillaba y se ponía á cuatro pasos de ella, tendiéndole los brazos y haciéndole muecas que ponían de relieve las arrugas metálicas y profundas de su rostro áspero y severo. Este hombre de plomo, de hierro y de cobre, se convirtió en un hombre de sangre, de huesos y de carne. Cuando estaba apoyado en el pilar, inmóvil como una estatua, un grito de Verónica le sobresaltaba y saltaba por encima de los hierros para encontrarla, pues ella pasó su infancia jugando con los despojos de los palacios amontonados en las profundidades de su vasta tienda, sin herirse nunca; aunque iba también á jugar á la calle ó á casa de los vecinos, sin que su madre la perdiese de vista ni un instante. No hay para qué decir que los Sauviat eran eminentemente religiosos. En lo más fuerte de la Revolución, Sauviat guardaba el domingo y las fiestas. Dos veces estuvo á punto de ser guillotinado por ir á oír la misa de un sacerdote no juramentado. Además, fué hecho prisionero y acusado justamente de haber favorecido la huida de un obispo, al que le salvó la vida. Felizmente, el buhonero entendía en limas y en barrotes de hierro, y pudo evadirse; pero fué condenado á muerte en rebeldía, y, como no se hubiese presentado nunca á sufrir la condena, murió sin cumplirla. Su mujer participaba de sus piadosos sentimientos. La avaricia de esta familia sólo cedía á la voz de la religión. Los tratantes en hierros viejos contribuían puntualmente á los gastos y limosnas de la iglesia. Si el vicario de San Esteban iba á su casa á pedir socorros, Sauviat ó su mujer iban en seguida á buscar, sin disgusto ni resistencia, la parte que creían que les correspondía aprontar para las limosnas de la parroquia. Desde 1799, la mutilada Virgen de su pilar, se vió siempre adornada con mirtos por la Pascua. En la primavera, los transeuntes la veían adornada con ramilletes de frescas flores, sustentados por floreros de vidrio azul, sobre todo, desde que había tenido lugar el nacimiento de Verónica. En las procesiones, los Sauviat ponían siempre colgaduras llenas de flores en sus ventanas, y contribuían al adorno y construcción del altar que acostumbraba á hacerse al aire

libre y que constituía el orgullo de la encrucijada. Verónica Sauviat fué, pues, educada cristianamente. Desde la edad de siete años tuvo por maestra á una monja que debía algunos favores á los Sauviat. Estos, muy agradecidos cuando sólo se trataba de pagar con servicios personales ó con pérdida de tiempo, eran serviciales como lo son las gentes pobres, que se ayudan mutuamente con una especie de cordialidad. La monja enseñó á Verónica la lectura, la escritura, la historia del pueblo de Dios, el catecismo, el Antiguo y Nuevo Testamento y un poco de aritmética. A estos quedaron reducidos los conocimientos, que la monja creyó suficientes, cuando en realidad eran excesivos. A los nueve años, Verónica asombró á la comarca con su belleza. Todos admiraban su cara, que podía llegar á ser algún día digna del pincel de alguno de esos pintores dedicados á buscar un hermoso ideal. Apodada la *Virgencita*, Verónica prometía ser bien hecha y blanca. Su cara de virgen, pues el pueblo había sabido apodararla, estaba adornada de una rica y abundante cabellera rubia que hacía resaltar la pureza de sus facciones. El que haya visto la sublime Virgencita del Ticiano, en su gran cuadro de la *Presentación en el Templo*, sabrá lo que fué Verónica en su infancia: el mismo ingenuo candor, el mismo asombro seráfico en sus ojos, la misma actitud noble y sencilla, el mismo porte de infanta. A los once años tuvo la viruela, y gracias á los cuidados de la hermana Marta, pudo conservar la vida. Durante los dos meses que su hija estuvo en peligro, los Sauviat mostraron claramente á toda la comarca su ternura paternal. Sauviat dejó de hacer sus viajes, y permaneció siempre en su tienda, subiendo á la habitación de su hija, bajando de cuando en cuando y velándola todas las noches en compañía de su mujer. Su mudo dolor pareció demasiado profundo para que nadie se atreviese á hablarle; los vecinos le miraban con compasión, y sólo pedían noticias de Verónica á la hermana Marta. Durante los días en que el peligro llegó á su más alto grado, los transeuntes y los vecinos vieron, por única vez en la vida de Sauviat, que las lágrimas salieron por entre sus párpados largo tiempo y rodaron por sus enjutas mejillas; él no las enjugó, y permaneció durante horas enteras

como si estuviese alelado, sin atreverse á subir al cuarto de su hija, mirando sin ver, hasta el punto que cualquiera hubiese podido robarle. Verónica se salvó; pero su belleza quedó destruida. Aquella cara, coloreada por un tinte en que lo moreno y lo rojo se veían armoniosamente fundidos, quedó marcada por millares de agujeros que engrosaron la piel, cuya pulpa blanca había sido profundamente herida. La frente no pudo escapar á los estragos del azote: se puso morena y parecía que había sido machacada. Nada es más discordante que esos tonos terrosos bajo una cabellera rubia, pues destruyen una armonía preestablecida. Aquellos hondos y caprichosos desgarramientos del tejido alteraron la pureza del perfil, la finura del corte de la cara, el de la nariz, cuya forma griega apenas se adivinaba, y el de la barba, que era antes delicado como el borde de un objeto de porcelana. La enfermedad no respetó más que lo que no podía atacar: los ojos y los dientes. Verónica no perdió tampoco la elegancia y la belleza de su cuerpo, la plenitud de sus formas, ni la gracia de su talle. A los quince años era una muchacha agradable y una hija buena, santa, laboriosa y sedentaria, todo lo cual sirvió de consuelo á los Sauviat. Durante su convalecencia y después de haber hecho la primera comunión, sus padres le señalaron como habitación los dos cuartos situados en el segundo piso. Sauviat, tan rudo para él y para su mujer, empezó á conocer lo que era el bienestar; tuvo una vaga idea de consolar á su hija de una pérdida que ella ignoraba aún. La pérdida de aquella hermosura que constituía el orgullo de aquellos dos seres contribuyó á que Verónica les fuese más querida y más preciosa. Un día, Sauviat compró una alfombra de lance, y, cargándosela en hombros, fué á clavarla él mismo en el cuarto de Verónica. De los muebles de un palacio puesto á la venta, guardó para ella un lecho de damasco encarnado que había pertenecido á una gran señora, las cortinas, los sofás y las sillas, tapizado todo con la misma tela. En una palabra, amuebló con cosas viejas, cuyo precio le era desconocido, las dos habitaciones que ocupaba su hija. Adornó su ventana con tiestos de camelias, y, cuando volvía de sus correrías, le traía siempre, ya un rosal, ya una planta de

claveles, y toda clase de flores, que eran sin duda donación de los jardineros ó de los posaderos en cuya casa se había albergado. Si Verónica hubiese podido hacer comparaciones y conocer el carácter, las costumbres y la ignorancia de sus padres, hubiese podido apreciar todo el cariño que encerraban estas pequeñas atenciones; pero ella los amaba sin reflexión. Verónica tenía la mejor ropa que su madre podía encontrar en las tiendas. La Sauviat dejaba á su hija en libertad para que comprase los vestidos á su gusto. El padre y la madre se consideraban felices al ver la modestia de su hija, que no tuvo nunca caprichos caros. Verónica se contentaba con un vestido de seda azul para los días de fiesta, y los días de labor llevaba un vestido de merino, en invierno, y de indiana rayada, en verano. Los domingos iba á los oficios con sus padres y á dar un paseo después de las visperas á lo largo del río Vienne ó por los alrededores. Los días laborables no salía de casa, y se ocupaba en hacer puntilla y otras labores de mano, cuyo importe destinaba á los pobres; era, pues, una muchacha de costumbres sencillas, castas y ejemplares. Estos trabajos alternaban con la lectura; si bien es verdad que no leía más libros que los que le daba el vicario de San Esteban, un sacerdote que había entrado en relaciones con los Sauviat por mediación de la hermana Marta.

Para Verónica quedaron suspendidas en absoluto las leyes de la economía doméstica. Su madre, dichosa pudiendo servirle una comida escogida, hacía cocina aparte para ella. El padre y la madre seguían comiendo sus nueces y su pan duro, sus arenques y sus verduras guisadas con manteca rancia, mientras que para Verónica no había nada que fuese bastante fresco ni bastante bueno.

—Debe costarle cara Verónica,—decía al padre Sauviat un sombrerero establecido en la casa de enfrente y que aspiraba á casar á su hijo con Verónica, estimando en cien mil francos la fortuna del tratante en hierros viejos.

—Sí, vecino, sí,—respondió el viejo Sauviat,—le doy cuanto me pide, tiene siempre todo lo que quiere, pero nunca pide nada. Es mansa y cariñosa como un cordero.

En efecto, Verónica ignoraba el precio de las cosas,

nunca había necesitado nada, no vió en su poder una moneda de oro hasta el día de su casamiento, y no tuvo nunca bolsillo propio; su madre le compraba y le daba todo lo que deseaba, tanto que, cuando quería hacer una limosna, iba á buscar el dinero á los bolsillos de su madre.

—Entonces no le cuesta muy cara,—le dijo el sombrero.

—¡Usted se lo figura!—respondió Sauviat;—pero estoy seguro que no cubriría usted sus gastos con cuarenta escudos al año. ¡Y su cuarto! tiene en él muebles por valor de más de cien escudos; pero cuando no se tiene más que una hija, se pueden hacer estos sacrificios. Después de todo, lo poco que poseemos ha de ser de ella.

—¿Lo poco? Usted debe estar rico, padre Sauviat. Hace ya cuarenta años que se dedica á un comercio que no tiene pérdidas.

—Hombre, claro que no me dejaría cortar las orejas por falta de mil doscientos francos,—respondió Sauviat.

A partir del día en que Verónica perdió la suave hermosura que contribuía á que su rostro de niña fuese objeto de la admiración pública, el padre Sauviat redobló su actividad. Su comercio aumentó tanto que tenía que hacer varios viajes al año á París. Todo el mundo comprendió que quería compensar con dinero lo que él llamaba, en su lenguaje, los menoscabos de su hija. Cuando Verónica llegó á los quince años, tuvo lugar un cambio en las costumbres interiores de su casa. El padre y la madre subían por la noche á la habitación de su hija, la cual, durante la velada, les leía, á la luz de una lámpara, la *Vida de los Santos*, las *Cartas edificantes* y todos los demás libros que el vicario entregaba á la joven. La anciana Sauviat hacía calceta, calculando que rescataba de aquel modo el precio del aceite. Los vecinos podían contemplar desde sus casas á aquellos dos ancianos, inmóviles en sus sofás como dos figuras chinescas, escuchando y admirando á su hija con toda la fuerza de una inteligencia obtusa para todo lo que no fuese comercio ó fe religiosa. Indudablemente se habrán encontrado en el mundo jóvenes tan puras como era Verónica; pero seguramente no hubo

ninguna más pura ni más modesta. Su confesión debía asombrar á los ángeles y regocijar á la Virgen santa. A los diez y seis años estaba completamente desarrollada, y fué, físicamente, todo lo que tenía que ser: ni su padre ni su madre eran altos, y ella tenía una estatura mediana; pero sus formas estaban dotadas de una graciosa flexibilidad y contorneadas por esas líneas serpentinadas, tan rebuscadas por los pintores, que sólo la naturaleza sabe trazar, y cuya existencia adivinan los inteligentes, á pesar de la ropa interior y del espesor de los vestidos, que se modelan siempre sobre el desnudo. Ingenua, sencilla y natural, Verónica ponía de relieve su hermosura con ciertos movimientos que parecían por completo de afectación. Tenía los brazos carnosos propios de las auverñesas, las manos encarnadas y regordetas de una hermosa criada de figón, y los pies anchos, pero regulares, y en armonía con sus formas. Ofrecía un fenómeno encantador y maravilloso que prometía al amor una mujer oculta para todos los ojos. Este fenómeno era, sin duda, una de las causas de la admiración que sus padres manifestaron por su hermosura, que decían que era divina, con gran asombro de sus vecinos. Los primeros que observaron este hecho fueron los sacerdotes de la catedral y los fieles que se aproximaban al altar. Cuando Verónica era presa de algún sentimiento violento (y la exaltación religiosa, cuando comulgaba, debe contarse entre el número de las emociones más vivas, propias de una joven tan cándida) parecía que una luz interior borraba con sus rayos las marcas de la viruela. El rostro radiante y puro de su infancia reaparecía en toda su belleza primitiva. Aunque ligeramente velada por la tosca capa con que la enfermedad la había cubierto, brillaba como brilla misteriosamente una flor bajo las aguas del mar que el sol penetra. Verónica se metamorfoseaba por algunos instantes: la Virgencita aparecía y desaparecía como una visión celeste. Las niñas de sus ojos, dotadas de una gran contractibilidad, parecía que se dilataban y que cubrían el azul del iris, que quedaba reducido á un ligero círculo. Esta metamorfosis de los ojos, que pasaban á ser tan vivos como los de un águila, completaba el extraño cambio de su rostro. ¿Era la tempestad de

las pasiones contenidas? ¿Era una fuerza llegada de las profundidades del alma la que contribuía á que se dilatasen sus pupilas en pleno día, como se dilatan las de todo el mundo en las tinieblas, haciendo más obscuro el azul celeste de sus ojos? Fuese cualquiera la causa, es lo cierto que era imposible contemplar con indiferencia á Verónica, cuando volvía del altar á su sitio, después de haber recibido á Dios, y cuando se mostraba en la parroquia con su primitivo esplendor. Su belleza hubiese eclipsado entonces la de las mujeres más hermosas ¡Qué cosa más encantadora tenía que ser para un hombre enamorado y celoso aquel velo de carne que tenía que ocultar la esposa á todas las miradas, velo que sólo podría levantar la mano del amor! Verónica tenía unos labios tan perfectamente arqueados, y abundaba tanto en ellos la sangre pura y ardiente, que cualquiera los hubiese creído pintados con bermellón. Su barba y sotabarba eran redondas y llenas, y esta forma, según las implacables leyes de la fisiognomía, es el indicio de una gran impetuosidad en la pasión. Sobre su frente, bien modelada, llevaba una magnífica diadema de abundantes y tupidos cabellos que habían adquirido un color castaño.

Desde la edad de diez y seis años hasta el día de su casamiento, Verónica pareció dotada de carácter pensativo y melancólico. Sumida en profunda soledad, tenía que examinar, como hacen los solitarios, el gran espectáculo de lo que pasaba en ella: el progreso de su pensamiento, la variedad de las imágenes y la elevación de los sentimientos incubados por una vida pura. Cuando hacía buen tiempo, los que pasaban por la calle de la Cité, podían ver, si levantaban la cabeza, á la hija de los Sauviat sentada á su ventana, cosiendo, bordando ó haciendo puntilla, con aire pensativo. Su cabeza se destacaba entre las flores que poetizaban el negro y agrietado alféizar de su ventana. Algunas veces, el reflejo de las cortinas de damasco encarnado iban á dar color á aquel rostro tan coloreado ya, y que, cual purpurina flor, dominaba el repecho de su ventana, tan cuidadosamente adornada. Esta casa vieja y tan sencilla tenía entonces algo que era más sencillo aún: un retrato de joven, digno de Mieris, de Van Ostade, de Terburg y

de Gerardo Dow, encuadrado en una de esas ventanas viejas, casi destruidas, carcomidas y negras de que tanto han gustado sus pinceles. Cuando algún forastero, sorprendido al ver aquella construcción, permanecía con la boca abierta contemplando el segundo piso, el anciano Sauviat sacaba la cabeza hasta ponerla fuera de la línea de aplomamiento, seguro de encontrar á su hija en la ventana. El tratante en hierros viejos entraba entonces, y, frotándose las manos, decía á su mujer en el patuá de Auvernia:

—Vieja, ¡si vieras cómo admiran á tu hija!

En 1820, ocurrió en la vida sencilla y tranquila que hacía Verónica un accidente que no hubiese tenido importancia para cualquier otra joven, pero que, sin duda, ejerció en su porvenir una funesta influencia. Un día de fiesta suprimida, que era laborable para todo el pueblo, pero durante el cual los Sauviat cerraban la tienda, iban á la iglesia y se paseaban, yendo hacia el campo, Verónica pasó por delante del escaparate de una librería y vió en él el libro titulado *Pablo y Virginia*. Al ver los grabados, tuvo el capricho de comprarlo, y, habiéndoselo manifestado á su padre, este pagó cinco francos por el fatal volumen y se lo metió en el vasto bolsillo de su levita.

—¿No sería conveniente que se lo enseñaras al señor vicario?—le dijo su madre, para quien todo libro impreso oía siempre un poco á brujería.

—Ya pensaba en ello,—respondió Verónica.

La niña pasó la noche leyendo esta novela, que es una de las más conmovedoras de la lengua francesa. La descripción de aquel mutuo amor, medio bíblico y digno de los primeros tiempos del mundo, estragó el corazón de Verónica. Una mano, no sé si decir divina ó diabólica, levantó el velo que hasta entonces le había mantenido oculta la naturaleza. La Virgencita, transformada en mujer, encontró al día siguiente las flores más hermosas de lo que le parecían la vispera, comprendió su lenguaje simbólico, examinó el azul del cielo con una fijeza llena de exaltación, y, sin motivo, las lágrimas brotaron de sus ojos. En la vida de todas las mujeres existe un momento en que llegan á comprender su destino y en que su organización, hasta en-



tonces muda, les habla con autoridad; no es siempre el hombre el que despierta con una mirada involuntaria ó furtiva su sexto sentido adormecido, sino que con más frecuencia un espectáculo imprevisto, el aspecto de un paraje cualquiera, una lectura, la contemplación de la pompa religiosa, un concierto de perfumes naturales, una deliciosa mañana velada por finos vapores, una música divina de agradables notas, finalmente, cualquier movimiento inesperado en el alma ó en el cuerpo. En esta joven solitaria, confinada en aquella negra casa, educada por padres sencillos, casi rústicos, que no había oído nunca ninguna palabra impropia y cuya cándida inteligencia no había concebido nunca la más pequeña malicia; á la angelical discípula del vicario de San Esteban y de la hermana Marta, la revelación del amor, que es la vida de la mujer, le fué hecha por medio de un libro suave, por la mano del genio. Para cualquiera otra, esta lectura no hubiese sido peligrosa; para ella, este libro fué peor que un libro obsceno. La corrupción es relativa. Hay naturalezas vírgenes y sublimes á las que un solo pensamiento corrompe, y este pensamiento hace en ella tantos más estragos, cuanto menos prevista ha sido la necesidad de una prohibición. Al día siguiente, Verónica enseñó el libro al buen sacerdote, y es tanto el renombre que tiene *Pablo y Virginia* de infantil, inocente y puro, que aquél aprobó su adquisición. Pero el calor de los trópicos y la belleza de los paisajes, el candor casi pueril de un amor casi santo, habían impresionado á Verónica. Se vió arrastrada por la dulce y noble figura del autor hacia el culto del ideal, ¡esa fatal religión humana! Soñó con tener por amante á un joven semejante á Pablo. Su pensamiento acarició la idea de aquellos voluptuosos cuadros en una isla llena de deliciosos perfumes. Como cosa de niña, dió el nombre de isla de Francia á un islote que tenía el río Vienne, islote situado un poco más abajo de Limoges, casi enfrente del arrabal de San Marcial. Su pensamiento trasladó á este lugar el mundo fantástico que se forjan todas las jóvenes, y que enriquecen con sus propias perfecciones. Pasó muchas horas en la ventana viendo pasar á los artesanos, únicos hombres en los que, dada la modesta situación de sus

padres, le estaba permitido pensar. Acostumbrada sin duda á la idea de casarse con un hombre del pueblo, encontraba en sí propia instintos que rechazaban toda tosquedad. En esta situación, debió complacerse en componer alguna de esas novelas que todas las jóvenes componen por sí propias. Con el ardor propio de una imaginación elegante y virgen, sin duda abrazó la idea de ennoblecer á uno de esos hombres y de elevarlo á la altura en que la ponían á ella sus propios sueños; acaso hizo un Pablo de algún escogido por sus miradas, aunque sólo fuese por unir sus locas ideas á un ser, del mismo modo que los vapores de la húmeda atmósfera, aprehendidos por el hielo, cristalizan en la rama de un árbol ó en los bordes de un camino. Debió lanzarse á algún profundo abismo, pues si las más de las veces parecía pensar en cosas muy elevadas, mostrando en su frente un reflejo luminoso, otras parecía tener aún en la mano las flores cogidas en los bordes de algún torrente que se internase hasta el fondo de un precipicio. Durante el buen tiempo, pidió el brazo á su anciano padre y no perdió nunca su paseo á orillas del Vienne, adonde iba á extasiarse con las bellezas del cielo y de los campos, con las rojas magnificencias del sol poniente y con las rozagantes delicias de las mañanas empapadas de rocío. Su espíritu exhaló desde entonces un perfume de poesía natural. Sus cabellos, que hasta entonces se limitaba á trenzar y á enroscar sobre su cabeza, fueron peinados y rizados con más cuidado. En su peinado empezó á vislumbrarse la coquetería. La parra, que crecía salvaje y naturalmente en brazos del viejo olmillo, fué transplantada, podada é instalada en un elegante y verde cenador.

En el mes de diciembre de 1822, á la vuelta de un viaje que hizo á París el anciano Sauviat, que contaba á la sazón setenta años, éste recibió la visita del vicario, el cual, después de algunas frases sin importancia, le dijo:

—Sauviat, tiene usted que pensar en casar á su hija. A su edad, es preciso no retrasar por más tiempo el cumplimiento de un deber tan importante.

—Pero ¿quiere Verónica casarse?—preguntó el anciano estupefacto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
MONTERREY, MEXICO

—Como usted quiera, padre mio,—respondió la joven bajando los ojos.

—Pues la casaremos,—exclamó la madre Sauviat sonriendo.

—Mujer, ¿por qué no me has dicho algo antes de mi marcha?—replicó Sauviat.—Ahora me veré precisado á volver á París.

Jerónimo Bautista Sauviat, hombre que creía que la fortuna constituía toda la felicidad, que no veía en el amor más que una necesidad, y en el matrimonio un medio de transmitir sus bienes á otro sí mismo, había jurado casar á Verónica con un hombre rico. Hacía ya tiempo que esta idea le preocupaba hondamente. Su vecino, el sombrerero, que poseía dos mil francos de renta, había pedido ya para su hijo, á quien cedía su establecimiento, la mano de una muchacha tan célebre en el concejo como era Verónica, por su conducta ejemplar y sus costumbres cristianas. Sauviat, sin hablar de ello á Verónica, le había dado una cortés negativa. Al día siguiente de aquel en que el vicario, personaje importante á los ojos del matrimonio Sauviat, hubo hablado de la necesidad de casar á Verónica, de cuya dirección espiritual estaba encargado, el anciano padre se afeitó, se vistió como si fuese día de fiesta, y se marchó sin decir nada á su mujer ni á su hija. Una y otra comprendieron que el padre iba á buscar un yerno. El viejo Sauviat se fué á casa del señor Graslin.

El señor Graslin, rico banquero de Limoges, era, hombre que había salido sin un céntimo de Auvernia con objeto de ser comisionista, y que, colocado en casa de un banquero en calidad de ayudante de caja, había hecho algunos cuartos á fuerza de economías, aunque también contribuyó á ello algo la suerte. Cajero á los veinticinco años, asociado diez años después á la casa Perret y Grossetete, acabó por ser dueño de la casa, después de haber desinteresado á los viejos banqueros, pues ambos se retiraron al campo, dejando en su poder sus capitales, mediante un pequeño interés. Pedro Graslin, que contaba á la sazón cuarenta y siete años, tenía fama de poseer, por lo menos, seiscientos mil francos. Esta reputación de hombre rico que tenía Pedro Graslin, había aumentado recien-

temente en todo el departamento, y todos habían aplaudido su generosidad, que consistía en haber construido en el nuevo barrio de la plaza de los Árboles, destinado á embellecer á Limoges, una hermosa casa, cuya fachada podía pasar por la de un edificio público. Pedro Graslin, que había acabado esta casa hacía seis meses, no se decidía á amueblarla; le había costado tan cara, que iba retardando el momento de ir á habitarla. Su amor propio le había arrastrado, sin duda, más allá de lo que le permitían las prudentes leyes que habían gobernado su vida. Con su buen sentido de hombre de negocios, juzgaba que el interior de su casa tenía que estar en armonía con la fachada. El mobiliario y demás accesorios para la vida que tenía que hacer en su palacio iban á costarle, á su juicio, tanto como la construcción. A pesar de los dichos de la villa y de las pullas del comercio y á pesar de las mortificantes hipótesis de sus vecinos, siguió viviendo en el viejo, húmedo y sucio piso bajo en que había hecho su fortuna, piso que estaba situado en la calle de Montantmanigne. El público hizo infinidad de comentarios, pero Graslin vió aprobada su conducta por sus dos antiguos comanditarios, que le alabaron su firmeza de carácter. Una fortuna y una existencia como la de Pedro Graslin, no tenía más remedio que excitar la codicia de algunos, sobre todo, en un pueblo de provincia. En efecto, en el término de diez años habían insinuado al señor Graslin más de una proposición de matrimonio. Pero el estado de soltero convenía tanto á un hombre ocupado de la mañana á la noche, fatigado constantemente con sus empresas y trabajos é incansable para perseguir la fortuna como el cazador persigue á la pieza, que Graslin no cayó en ninguno de los lazos tendidos por las madres ambiciosas, que codiciaban para sus hijas una brillante posición. Graslin, este Sauviat de la esfera superior, no gastaba más de dos pesetas diarias, é iba vestido tan modestamente como sus dependientes. Con dos de éstos y un ayudante de caja tenía bastante para llevar á cabo sus negocios, inmensos por la multiplicidad de detalles que encerraban. Uno de los dependientes estaba encargado de la correspondencia, y el otro de la caja. Además, Pedro Graslin era el cuerpo y el alma de su casa.

Sus dependientes, que habian sido escogidos entre sus parientes, eran hombres seguros, inteligentes y avezados al trabajo. Respecto al ayudante de caja, hacia la vida de un burro de carga: se levantaba á las cinco de la mañana en todo tiempo, y no se acostaba nunca antes de las once. Graslin tenia para su servicio á una anciana auverñesa, que era la que le hacia la comida. La vajilla de barro y la tosca ropa blanca estaban en armonía con el tren de aquella casa. La auverñesa tenia orden de no gastar más de tres francos diarios para las necesidades cotidianas de la casa. El ayudante de caja hacia de criado. Los dependientes tenian que hacerse por sí mismos la cama y arreglarse su cuarto. Las mesas de madera carcomida y negra, las sillas de raída paja, los estantes, las malas camas, todo el mobiliario que encerraban los despachos y los dormitorios situados en el primer piso, no valian mil francos, incluyendo también la colosal caja de hierro empotrada en la pared, que habia sido legada por los predecesores y junto á la cual dormía el ayudante de caja con dos perros á los pies. Graslin no frecuentaba el mundo que tanto se ocupaba de él. Dos ó tres veces al año comía en casa del recaudador general de contribuciones, con el cual le obligaban sus negocios á mantener frecuentes tratos. Comía, además, alguna vez en la prefectura, pues, con gran pesar suyo, habia sido nombrado miembro del consejo general del departamento. «Allí le robaban su tiempo», decia él. Cuando concluía satisfactoriamente algún negocio, sus clientes le retenían á almorzar ó á comer. Finalmente, se veía obligado á ir á casa de sus antiguos amos, que pasaban los inviernos en Limoges. Graslin tenia en tan poco las relaciones de la sociedad, que en veinticinco años no habia ofrecido un vaso de agua á nadie. Cuando Graslin pasaba por la calle, todos lo señalaban, diciendo: «¡Ahí va el señor Graslin!», es decir, ahí va un hombre que vino sin un céntimo á Limoges y que ha adquirido una fortuna inmensa. El banquero auverñés era un modelo más que los padres proponían á sus hijos, y un epigrama que las mujeres acostumbraban á echar en cara á sus maridos. Cualquiera podrá imaginarse los motivos que impulsaron al hombre que habia llegado á ser el eje de la

maquinaria financiera de Limoges á rechazar las diversas proposiciones de matrimonio que le hicieron. Las hijas de los señores Perret y Grossetete se habian casado antes de que Graslin hubiese estado en disposición de contraer matrimonio; pero como todas estas señoras tenian hijas de poca edad, las madres ambiciosas acabaron por dejar tranquilo á Graslin, imaginándose que el anciano Perret ó el astuto Grossetete tendrian arreglado de antemano el casamiento de Graslin con alguna de sus nietas. Sauviat siguió con más atención que nadie la marcha ascendente de su compatriota: lo conocía desde la época de su establecimiento en Limoges; pero sus respectivas posiciones habian cambiado tanto, al menos en apariencia, que su amistad, que se habia hecho superficial, les daba pocas ocasiones para verse. No obstante, en calidad de compatriota, Graslin no se negó nunca á hablar con Sauviat, cuando por casualidad se encontraban. Ambos se tuteaban como al principio, pero esto sólo ocurría cuando hablaban en patuá auverñés. Cuando el recaudador general de Bourges, el más joven de los hermanos Grossetete, casó á su hija, en 1823, con el hijo más joven del conde Fontaine, Sauviat comprendió que los Grossetete no aspiraban á que Graslin llegase á formar parte de su familia. Después de haber tenido una conferencia con el banquero Graslin, el padre Sauviat se volvió muy contento á comer á las habitaciones de su hija, y dijo á las dos mujeres:

—Verónica será en breve la señora Graslin.

—¿La señora Graslin?—exclamó la madre estupefacta.

—¡Es posible!—dijo Verónica, que no conocía á Graslin, pero cuyo nombre producía en su imaginación el mismo efecto que produce el de Rothschild en la de una costurera de París.

—Sí, es cosa hecha,—dijo solemnemente el anciano Sauviat.—Graslin amueblará lujosamente su casa; adquirirá para nuestra hija el coche más hermoso de París y los caballos más fogosos de Limoges; comprará una tierra de quinientos mil francos para ella, y le asegurará un palacio; en una palabra, que Verónica será la primera de Limoges, la más rica del concejo, y hará lo que quiera de Graslin.

Su educación, sus ideas religiosas, su cariño sin límites por su padre y por su madre y su ignorancia, impidieron á Verónica hacer la más mínima objeción; ni siquiera se le ocurrió que habían dispuesto de ella sin consultarla. Al día siguiente, Sauviat partió para París, y permaneció allí unos ocho días.

Ya comprenderéis que Pedro Graslin era poco hablador: se iba derecho y sin rodeos al grano. Cosa resuelta, cosa ejecutada. En febrero de 1822 circuló en Limoges una noticia que hizo el efecto de un rayo: el palacio Graslin se amueblaba ricamente, y todos los días se veían en la puerta de dicho palacio coches de lujo venidos de París, que eran desembalados en el patio. Corrieron por el pueblo rumores sobre la belleza y el buen gusto de un mobiliario antiguo ó moderno, según la moda. La casa Odier expedía una magnífica vajilla que llegaría por el coche correo. Finalmente, tres coches, una calesa, un cupé y un cabriolé llegaban de París, embalados con papel y paja como si fuesen juguetes. «¡El señor Graslin se casa!» Estas palabras fueron pronunciadas por todas las bocas en una sola noche, en los salones de la alta sociedad, en el seno de todas las familias, en las tiendas, en los arrabales y en todo Limoges. Pero ¿con quién? Nadie podía decirlo; aquello era un misterio.

A la vuelta de Sauviat, tuvo lugar la primera visita nocturna de Graslin, que se presentó en la casa á las nueve y media. Verónica, prevenida, lo esperaba vestida con su traje de seda azul, con camisolín, sobre el cual se destacaba una corbata de linón. Por todo peinado, sus cabellos, partidos con raya al medio, iban á reunirse en la parte superior de la cabeza, formando un moñito á lo griego. Ocupaba una silla al lado de su madre, que estaba sentada en el rincón de la chimenea en un sofá con respaldo esculpido y tapizado con terciopelo encarnado, resto sin duda de algún antiguo palacio. Un gran fuego brillaba en la chimenea, y sobre ésta y á uno y otro lado de un reloj antiguo, cuyo valor desconocían indudablemente los Sauviat, seis bujías, sustentadas por dos viejos candelabros de cobre, alumbraban aquel sombrío cuarto y á Verónica en todo su esplendor. La anciana madre se había puesto sus

mejores ropas. En medio del silencio de la noche y á la hora anunciada, Graslin subió la vieja y tenebrosa escalera y se apareció á la sencilla y modesta Verónica, que estaba entregada aún á las dulces ideas que el libro de Bernardino de Saint-Pierre le había hecho concebir del amor. Pequeño y delgado, Graslin tenía una espesa, abundante y tosca cabellera negra, que hacía resaltar vigorosamente su rostro, encarnado como el de un borracho que ha abandonado la bebida, y cubierto de granos que brotaban sangre ó que estaban prontos á reventar. Sin ser lepra ni herpes, estos frutos de una sangre maleada por un trabajo continuo, por las inquietudes, por el afán de los negocios, por los insomnios y por la sobriedad, parecían participar de aquellas dos enfermedades. A pesar de los consejos de sus asociados, de sus dependientes y de sus médicos, el banquero no había sabido nunca tomar las precauciones médicas que hubiesen prevenido y atemperado aquella enfermedad, que no tenía importancia en un principio y que se agravaba de día en día. Quería curarse, tomaba baños durante algunos días, bebía las aguas prescritas; pero, arrastrado por la corriente de los negocios, acababa por olvidarse de su persona. Pensaba suspender sus trabajos por algunos días, viajar, tomar las aguas en algún balneario; pero ¿quién es el cazador de millones que se detiene? En aquel ardiente rostro brillaban dos ojos grises, atigrados, con hilos verdosos que partían de la pupila, y sembrados de puntos negros. Eran dos ojos implacables, llenos de resolución, de rectitud, de cálculo. Graslin tenía la nariz remangada, la boca formada por labios gruesos y belfos, la frente salida, pómulos abultados, y gruesas orejas con anchos bordes despellejados á causa de la impureza de su sangre; en una palabra, era el retrato del sátiro antiguo, un fauno con levita, chaleco de satén negro y cuello rodeado de una corbata blanca. Sus espaldas, fuertes y nerviosas, que en otro tiempo habían llevado fardos, estaban ya algo encorvadas; y bajo este busto excesivamente desarrollado, se agitaban unas piernas raquíticas, cuyos muslos resultaban ser demasiado cortos. Sus delgadas y velludas manos ostentaban los dedos ganchudos propios de las gentes acostumbradas á contar dinero.